

Lecturas recobradas. Retrato anticipado del Jefe Supremo

El hombre que se asiló

GUILLERMO PÉREZ SARMIENTO

Tipografía Colón, Colección Clarín, Bogotá, 1947, 60 págs.

SIN SER una novela de ciencia ficción, esta deliciosa sátira del escritor y periodista bogotano Guillermo Pérez Sarmiento (1897) se anticipó de manera sorprendente a la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla que sobrevendría unos años después. Y, por si acaso, el autor advierte en el epígrafe:

Los personajes que desfilan por este relato imaginario son comunes y corrientes en las dictaduras de las que afortunadamente va librándose nuestra América. Cualquiera parecido entre ellos, por lo tanto, y seres reales y vivos, es mera coincidencia como dicen en el cine.

Pérez Sarmiento acude al recurso de novela dentro de la novela, con el típico hallazgo del diario que un diplomático alemán dejó en el automóvil oficial, por las prisas de llegar al “aeródromo situado en los remotos confines de la capital andina”, para retornar a Europa después de un largo asilo en la legación teutona. Al parecer, el diplomático no quería olvidarse de tan folclórico país, porque hizo un recuento pormenorizado de los encuentros con su Excelencia —como debían dirigirse al mandatario— y con sus veleidosos adláteres —hoy con él, mañana con el enemigo—, como el jefe de propaganda con ínfulas de Goebbels, Herr Doktor Oskar. Así lo remarcó el extranjero en varios apartados del cuaderno rojo que encontró un funcionario de la Cancillería, quien se lo entregó al autor de esta novela. Aclara, pues, de entrada Pérez Sarmiento que fue poca su intervención en el manuscrito del alemán, traducido por su amigo, transcrito por una secretaria, y al que apenas le corrigió algunos giros poco castizos.

El verdadero autor cuenta que terminó metido en ese berenjenal un día que estaba “jugando cerveza a los dados” en el bar Germania y lo contactaron agentes secretos del Dictador (siempre con mayúsculas), para que les sirviera de traductor y secretario a unos compatriotas que venían a Colombia a implantar los procedimientos del doctor Goebbels en el Ministerio de Propaganda. “No valió que dijera que era antinazi y que odiaba a los nazis”, relata el susodicho. Tampoco parecía importarle mucho al Dictador tropical que los nazis hubieran perdido recientemente la guerra, si también acababan de asesorar al general Perón sobre la nueva ciencia de la demografía, útil para conquistar al pueblo y para saber qué lo hace feliz.

Lo que se sigue es un relato desternillante sobre las intrigas del Palacio Presidencial y un retrato del Dictador de “indudable fisonomía indígena” (uno de los pocos datos que no coinciden con el personaje real), cuya infaltable chaqueta de cuero de profundos bolsillos llevaba a sospechar de sendas armas allí alojadas, porque era un hombre desconfiado. Pero sus intenciones sí resultan bastante parecidas a las del futuro ‘Gurropín’:

Se creía un padre que irradiaba misericordia y bondad;

todos los habitantes del país eran sus hijos. Él solo se preocupaba por los campos. De tierras cálidas llenas de ganados (...). Quería tierras, muchas tierras; no le interesaba tanto el poder político. Pero indudablemente, por el contexto de lo que hablaba, creía de buena fe que iba a morir en el cargo. (p. 7)

Tan cortado con la misma tijera es este dictadorzuelo, que hasta alude a los “guerrilleros intelectuales” para referirse a los enemigos de la patria, o sea, a los periodistas que el Dictador de ficción quería ver en campos de concentración y, en la pira, su literatura clandestina. El mismo calificativo de “guerrilleros intelectuales” que les endilgó el verdadero Excelentísimo a Eduardo Santos y a Alberto Lleras Camargo.

En el Reich indígena, los germanos le rendían pleitesía y lo saludaban haciendo sonar los tacones: “¡Heil, Excelencia!”. No faltaban tampoco los retratos del general con su uniforme de gala tachonado de condecoraciones en todas las oficinas públicas y en las casas de sus más “remotos súbditos”. Y como si las ondas hertzianas lo hubieran soplado a los oídos del autor, también comentan los alemanes que en ese país se oye hablar,

de estaciones de radio que van a llevar la voz del Amo hasta las antípodas, de complicados sistemas de televisión para que su imagen se contemple hasta el último rincón de la selva. (p. 16)

Y para influir en la opinión del pueblo, estaría dispuesto a gastar millones de dólares. También a aplicar la censura a la prensa y a la radio cuando se atrevieran a cuestionar al Dictador o a difundir los negociados de su familia.

El ministro de Propaganda resume la filosofía en esta frase:

Opio para el pueblo por todos los medios designados por el Dr. Goebbels: televisión, radios, cine, diarios propios bien pesados, de modo que cualquier lector los prefiera, revistas para cada despacho administrativo, regalos para los periodistas que se sometieran al régimen. (p. 41)

Y, en efecto, en la televisión aparecía la figura del Dictador al lado de la del Libertador Simón Bolívar, aunque también este medio se convirtió en su peor enemigo, porque lo mostraba tal cual era: “Un ser zafio, sin inteligencia, inculto, voraz y con una familia ridícula y grotesca” (p. 44). Lo más anonadante de esta parte de la historia es que, como bien sabemos, la televisión llegó a Colombia por gracia del Jefe Supremo, en 1954.

La lectura se va tornando cada vez más fascinante, como los folletines de espías que publicaba Pérez Sarmiento en su semanario de sucesos *Clarín* (1946). Los alemanes deciden investigar por su cuenta a los militares cercanos al Fuehrer criollo, que tienen traza de traidores. Al fin y al cabo, ellos ven a Colombia como “cabeza de puente” para extender el nacionalsocialismo en América del Sur. Y dejan caer esta otra perla:

Es indudable que las gentes de este país tienen fama de cultas. Nunca han tenido dictadores, al contrario de otros de esta parte de América. De modo que no es extraño que al amo se le mire tan mal (...). El amo no piensa sino en

el dinero, su único empeño es hacerse dueño material del país. Según una encuesta emprendida en la calle sobre su popularidad, de cada diez personas interrogadas, nueve contestaron hablando pestes y la décima sonrió. Se nos dice también que tiene un concepto muy elevado de sí mismo; que carece de sentido del ridículo (...). Los obreros y la clase media culpan de su mala situación económica a la familia reinante y les indigna ver cómo se enriquecen, como sanguijuelas, con la sangre del pueblo. Esta opereta puede, en cualquier momento, llegar a su desenlace. (p. 13)

Ellos, por cierto, le hacen el juego al amo para no perder el contrato y tener que regresar a su derrotado país a pasar afugias.

Descubrieron los espías que Herr Doktor Oskar, ministro de Propaganda, le jugó sucio a su Excelencia, como cuando viajó a Estados Unidos con la misión de cambiar la mala imagen que se tenía del gobierno colombiano. El *party* que le organizó en Washington un supuesto senador fue una verdadera guachafita, con cabareteras y vidvidores que bebieron y comieron a cuenta del ya saqueado erario público. Nada de periodistas, ni de personas influyentes, lo que nunca supo el Dictador.

La mecanógrafa que les asignaron a los alemanes, “de espléndido tipo ario”, según ellos, también se convirtió en informante sin saberlo. Por esta hija de uno de los alemanes que estuvieron detenidos en esa especie de *resort* de Fusagasugá, en donde los concentraron durante la Segunda Guerra Mundial, supieron de todas las tropelías que se cometían en Palacio, en especial, del tráfico de mercancías y de las “mordidas” que daban y recibían a tutiplén. Muy pronto, los espías descubrieron que “el sonriente” ministro de Propaganda, con pasado de estafador, era quien manejaba los millones de fondos secretos del Dictador. Al fin y al cabo, compartía con su jefe la norma de que “el dinero de los contribuyentes hay que ordeñarlos hasta el último centavo”. Leyendo en clave de la dictadura de marras, estaríamos hablando de Luis Morales Gómez, ministro de Hacienda, responsable de la quiebra del Banco del Estado, a quien el periodista Alberto Donadío dedicó un libro titulado *El Uñilargo* (2011). Pérez Sarmiento, cual pitonisa, también se anticipó a este funesto personaje. El mismo Oskar fue el encargado de organizar la boda de un miembro de la familia dictatorial y, diligente, se dirigió a los funcionarios del país, desde los más encumbrados, hasta los pelagatos, solicitándoles regalos para los recién casados. Tres cuartos de lo mismo que pasó con la flamante boda de María Eugenia.

Valga aclarar que nuestro Oskar también fungió de Zar de la prensa (cargo que en el régimen de Rojas Pinilla ocupó Jorge Luis Arango, jefe de la Oficina de Información y Prensa del Estado). Nuestro Oskar es quien se encargaba de multar y desterrar a los periodistas incómodos y de clausurar periódicos y revistas.

Por supuesto, en esta novela debidamente enterrada —a saberse por quién—, nos enteramos también del surgimiento de los grupos falangistas en Colombia, seguidores de Hitler y Mussolini, que pasaron de las camisas negras, a las pardas, y por último, a las azules de la Falange Española, y el autor menciona cómo esos “pichones de nazis”

desfilaban por las calles de las capitales del país. Otra coyuntura que evoca el narrador es la de la República Liberal —recién derrumbada para cuando se publicó este opúsculo—, “tiempos felices en los cuales existía la libertad de expresión en todo su vigor” (p. 19). No se le escapa nada al *secretario*, siempre atento a los usos y costumbres y hasta a los modismos lingüísticos de los habitantes de la llamada Atenas Suramericana, quienes cuando dicen que hay que esperar “un momentico”, pueden ser días, semanas y hasta años.

Por si fuera poco, este dictadorzuelo también reprimió violentamente a los estudiantes que se atrevieron a marchar en contra del régimen, como lo hizo el propio. Y antes de huir, cuando el descontento era incontenible, ordenó a su lugarteniente, Herr Oskar, la Operación Nerón, para quemar todos los archivos comprometedores. Cuando se les cayó la estantería y cayeron presos el Dictador y sus ministros, el autor del diario pidió asilo en su embajada. Y allí, mientras esperaba el salvoconducto para viajar, escribió esta historia, que terminó en manos de Guillermo Pérez Sarmiento, genial periodista que se formó en Estados Unidos y fue corresponsal de la revista *Cromos* en Nueva York, desde donde enviaba los más exquisitos cuadros de costumbres de la American Way of Life.

Pérez Sarmiento fue también gestor de empresas periodísticas tan importantes como la revista *Buen Humor*, participó en la creación de *Mundo al Día* (1924), fundó la primera agencia de Noticias del país (Servicio Informativo Nacional) en 1929 y trajo el primer servicio internacional de noticias, United Press, del que fue director por casi 30 años. Y valga aclarar que cuando escribió esta novela, acababa de fundar su exitoso semanario *Clarín*, especializado en crónica roja, cerrado en 1950 por el gobierno conservador.

El hombre que se asiló salió de las prensas de la editorial *Clarín* y hoy en día, de esta novela, solo se encuentra un ejemplar en la biblioteca Luis Ángel Arango, por lo que podría merecer la consideración de alguno de los editores independientes en plan de recuperar curiosidades de nuestra literatura. Después de la novela *Jota, caballo y rey* (2013), de Daniel Samper Pizano, una divertida opereta sobre el primer año del verdadero Jefe Supremo, esta historia apócrifa habrá dejado cavilando a sus muchos o pocos lectores —ni modo de saberse ante la inexistente evidencia bibliográfica— sobre si los colombianos estábamos irremediabilmente condenados a padecer una dictadura cantinflasca (en esos años, descollaba el actor mexicano en la pantalla gigante. ¡*Ahí está el detalle!*).

Como las 59 páginas que lo preceden, el colofón del capítulo 23 tampoco tiene desperdicio:

Hasta aquí llega el manuscrito del alemán expulsado que Ernesto tradujo y que yo leí a la diablo. Pero me he quedado pensando: ¿Es esto un reportaje, o una novela corta o un trozo de pequeña historia? El autor no define el punto porque solo anuncia que se trata de un libro futuro. (p. 59)

Y sí que lo fue, porque el futuro es hoy.

Maryluz Vallejo M.